

## **Pulsión de muerte *versus* masoquismo: un montaje a modo de collage.**

Para Nieves González, a petición de Tecla González.

*Hay que empezar siempre tomando los problemas por lo más difícil: después basta con descender.*

Jacques Lacan.

### **I. La pulsión de muerte: un concepto extra-moral.**

Para Freud la pulsión de muerte - esa deriva interna que nos empuja a los humanos “*a la maldad, a la agresión, a la destrucción y también, por ende, a la crueldad*”<sup>1</sup> – es “la verdad oculta” de la cultura<sup>2</sup>.

Por ello, eludir la pulsión de muerte de la doctrina de Freud - como hace “esa abyección sermoneadora que nos llega por bocanadas de la oficina psicoanalítica” - es “desconocerla absolutamente”<sup>3</sup>.

Si la pulsión de muerte es el concepto psicoanalítico contra el que se presentan las mayores resistencias sentimentales es porque se trata del concepto que representa el máximo atentado contra la ética tradicional, esto es, contra la ética filosófica.

La ética filosófica, que organiza la existencia alrededor de una representación del Bien<sup>4</sup>, es una ética que vive bajo el imperio de la moral y, por ello, no sólo Nietzsche la calificó como una ética “*de animal de rebaño*”<sup>5</sup>, sino que también Lacan se preocupó de subrayar que se trata de una ética que está absorbida en “la dimensión pastoral”<sup>6</sup> y que, estando “al servicio del amo”, “renuncia a apuntar a lo real”<sup>7</sup>.

---

1 Lacan, *El Seminario 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960), Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México, 1991, pp. 217-230, pp. 223-224.

2 Freud, *el malestar en la cultura*, p. 3046.

3 Lacan, “subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, p. 782

4 Alain Badiou, *Ethics. An essay on the understanding of evil* (1993), Verso, Londres y NY, 2002, p. 1.

5 Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, p. 145.

6 Lacan, *seminario 7*, p. 111.

7 Colette Soler, “Lacan antifilósofo”, en *¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?*, p. 257 y p. 259.

Freud mismo ya se había ocupado de criticar la clasificación de las personas “con el criterio de *bueno o malo*”, criterio moral que, para Freud, no es sólo del todo “insuficiente” sino que además, apunta de forma irónica, es uno de los principales apoyos de la hipocresía cultural:

“El hombre es raras veces completamente bueno o malo; por lo general, es *bueno* en unas circunstancias y *malo* en otras, o *bueno* en unas condiciones exteriores y decididamente *malo* en otras. Resulta muy interesante observar que la preexistencia infantil de intensos impulsos *malos* es precisamente la condición de un durísimo viraje del adulto hacia el *bien*. Los mayores egoístas infantiles pueden llegar a ser los ciudadanos más altruistas y abnegados; en cambio, la mayor parte de los hombres compasivos, filántropos y protectores de los animales fueron en su infancia pequeños sádicos y torturadores de cualquier animalito que se ponía a su alcance”<sup>8</sup>.

Así es que, como afirma Lacan, el bien moral, “eterno objeto de la investigación filosófica en lo concerniente a la ética, la piedra filosofal de todos los moralistas”, es “fundamentalmente negado por Freud”<sup>9</sup>. Ahora, en su lugar, lo que aparece no es el Mal, como si éste fuese “el lado oscuro” del Bien<sup>10</sup>. En su lugar lo que aparece es el acto ético, es decir, el acto que va justamente en contra del sometimiento incondicional al prestigioso “poder de hacer el bien” (representado por “el ideal del yo del sujeto”)<sup>11</sup>; ya que el Bien es precisamente lo que “levanta una muralla poderosa en la vía de nuestro deseo”<sup>12</sup>.

La característica esencial de la ética tradicional, subrayada por Nietzsche, es que es una ética metafísica (incorpórea) que, como parte de “la creencia básica” en la antítesis de los valores morales<sup>13</sup>, siempre superpone la dicotomía entre “el bien” y “el mal” sobre cualquier tipo de par antitético, incluyéndose aquí el par freudiano pulsión erótica/pulsión de muerte. Y es

---

<sup>8</sup> Freud, “Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte”, p. 2105.

<sup>9</sup> Lacan, Seminario 7, p. 120.

<sup>10</sup> Por ejemplo, así lo entiende Alain Badiou, op.cit., p. 91.

<sup>11</sup> Sem 7, p. 282-283.

<sup>12</sup> Lacan, seminario 7, p. 277.

<sup>13</sup> “La creencia básica de los metafísicos es la *creencia en las antítesis de los valores*”, Friedrich Nietzsche, más allá del bien y del mal, p. 23.

justamente en este punto donde se abre el abismo insalvable entre la ética filosófica y la ética psicoanalítica.

Para Freud el Mal es condenable:

“El psicoanálisis jamás estimuló el desencadenamiento de nuestros instintos socialmente perniciosos; bien al contrario, señaló su peligro y recomendó su corrección”<sup>14</sup>.

Sin embargo, nunca establece Freud una equivalencia entre el Mal y la pulsión de muerte y el Bien y la pulsión erótica porque ambas pulsiones, si bien son antagónicas, no obstante están entremezcladas, son inseparables, interactúan. Esta idea fundamental de que, en la vida humana, Eros y Tánatos están profundamente entrelazados y trabajan juntos, la subraya Freud al menos en dos escritos muy pertinentes: en su “Autobiografía” y en “Análisis terminable e interminable”:

“La colaboración y el antagonismo del Eros con el instinto de muerte constituyen para nosotros la imagen de la vida”<sup>15</sup>.

“Solamente por la acción mutuamente concurrente u opuesta de los dos instintos primigenios – Eros y el instinto de muerte -, y nunca por uno solo de ellos, podemos explicar la rica multiplicidad de los fenómenos de la vida”<sup>16</sup>.

Por tanto, la pulsión de muerte, “una especie de residuo o remanente oculto tras el Eros”<sup>17</sup>, no tiene que ver ni con el Mal, ni con el Bien. Tampoco tiene que ver con la muerte en el sentido de destino final de la vida. Al contrario. La pulsión de muerte tiene que ver con “los fenómenos vitales”, dado que es en ella donde “hunde sus raíces” el “origen de la vida”<sup>18</sup>.

“Hay algo que es distinto del principio del placer y que tiende a devolver todo lo animado a lo inanimado: así se expresa Freud. ¿Qué quiere decir con esto?. ¿Qué lo

---

14 Freud, “Las resistencias contra el psicoanálisis”, p. 2805.

15 Sigmund Freud, “Autobiografía” (1924 [1925]), op.cit., tomo VII, pp. 2761-2800, p. 2790.

16 Freud, análisis terminable e interminable, p. 3358.

17 Freud, El malestar en la cultura, 3052.

18 Freud, El malestar en la cultura, p. 3050

fuerza a pensar en esto?. No la muerte de los seres vivientes. Sí la vivencia humana (...) Para que haya algo al final, es preciso que haya habido por lo menos otro tanto al comienzo”<sup>19</sup>.

Estando la pulsión de muerte como tal “más allá del retorno a lo inanimado. ¿Qué puede ser realmente entonces? – salvo una voluntad de destrucción directa, si puedo expresarme así para ilustrar aquello de lo que se trata. No coloquen para nada el acento en el término de voluntad (...) es sólo para hacer sentir la diferencia de registro con la tendencia al equilibrio que la estoy llamando así por el momento. Voluntad de destrucción. Voluntad de comenzar de cero. Voluntad de Otra-cosa”<sup>20</sup>. Ahora, dado que la pulsión de destrucción “pone en duda todo lo que existe”, ella “es igualmente voluntad de creación a partir de nada, voluntad de recomienzo”<sup>21</sup>.

La pulsión de muerte, entonces, es el concepto psicoanalítico extra-moral por excelencia porque localiza en la destrucción el principio necesario que causa, que impulsa, la vida. La pulsión de muerte es justamente ese motor real que se sitúa *detrás* de la “necesidad del ser vivo de pasar por los caminos de la vida”<sup>22</sup>. Y así es que, como subraya Vicente Mira, “lo que hace que un sujeto viva, y que viva más o menos bien, no es debido al instinto de vida. **Es debido a la imbricación, a la red, a la malla que el instinto de vida construye con la pulsión de muerte**, es decir con el instinto de muerte. Eros solo, mata”<sup>23</sup>.

## II. El masoquismo primario: un concepto caduco.

“La pulsión de muerte en Freud no es verdadera ni falsa. Es sospechosa, no propongo nada más, pero basta que haya sido necesaria para Freud, que ella lo remita a un punto abisal, fundamentalmente problemático, para ser reveladora de una estructura de campo”<sup>24</sup>.

---

19 El seminario 2, pp. 128-129.

20 Seminario 7, p. 256.

21 Seminario 7, p.257.

22 El seminario 2, p. 128.

23 Vicente Mira, “Placer y dolor. Goce y pulsión de muerte”, clase impartida en el *VI Curso monográfico sobre teoría y clínica de las adicciones: la sexualidad y las adicciones*, 15 de febrero, 2006.

24 Seminario 7, p. 257-258.

El punto problemático, que nos revela la pulsión de muerte, es que los seres humanos no podemos ser asimilados a lo biológico. Mientras que en la estructura de los organismos vivos hallamos el llamado principio del Nirvana, esa “tendencia” de lo vivo hacia la muerte, a que la energía retorne a un estado de reposo o equilibrio universal, en los animales humanos “existe una dimensión, una corriente distinta, una necesidad distinta” – concretamente una “compulsión” de volver a “lo reprimido” - que está “más allá de la homeostasis del yo”<sup>25</sup>. Por tanto, el principio de Nirvana *no es* “lo que, nosotros analistas, podemos designar en nuestro registro propio como la pulsión”<sup>26</sup>.

Si bien Freud “partió de una concepción del sistema nervioso según la cual éste siempre tiende a volver a un punto de equilibrio” y “estaba implicado en la metáfora del cuerpo humano como máquina”, también es cierto que tropezó con el sueño. Freud “se percató de que el cerebro es una máquina de soñar” y fue tratando de descubrir “qué quiere decir eso en el plano energético” que se “le impuso la nueva elaboración del más allá del principio del placer y del instinto de muerte”<sup>27</sup>.

“Hay en todo sueño, dice Freud, un punto absolutamente inasequible, que pertenece al dominio de lo desconocido: lo llama ‘ombligo del sueño’. No hacemos hincapié en estas cosas de su texto probablemente porque creemos que son poesía. Pues no.”<sup>28</sup> “El ombligo del sueño, relación abisal con lo más desconocido, [es la] marca de una experiencia privilegiada excepcional donde un real [último] es aprehendido más allá de toda mediación, imaginaria o simbólica”<sup>29</sup>.

Esta experiencia de un real último se palpa de forma especialmente clara en esos sueños que hacen excepción a la regla de que los sueños son realizaciones de deseos inconscientes; a saber: los sueños de los enfermos de neurosis traumática así como los sueños que, apareciendo en el análisis como fruto del Inconsciente “que está producido entre el analista y el analizante” en la transferencia (Mira, 1988-1989: 68), “nos vuelven a traer el recuerdo de los traumas psíquicos de la niñez”. Estos sueños no obedecen a un deseo inconsciente sino que

---

25 El seminario 2, p. 259.

26 Seminario 7, p. 256.

27 Seminario 2, pp. 121-122.

28 Seminario 2, p. 163.

29 Seminario 2, p. 265.

“obedecen más bien a la obsesión de repetición, que en el análisis es apoyada por el deseo – no inconsciente– de hacer surgir lo olvidado o reprimido” (Freud, 1919-1920 [1920]: 2522).

El hecho de que con la memorización se entre en el registro de la pulsión de muerte, en la dimensión de la creación *ex - nihilo*<sup>30</sup>, es lo que conduce a Lacan a subrayar que “la pulsión de muerte debe situarse en el dominio histórico”<sup>31</sup>.

“El instinto de muerte expresa esencialmente el límite de la función histórica del sujeto (...) En efecto este límite [que es la pulsión de muerte] está en cada instante presente en lo que esa historia tiene de acabada. Representa el pasado bajo su forma real, es decir no el pasado físico cuya existencia está abolida, ni el pasado épico tal como se ha perfeccionado en la obra de memoria, ni el pasado histórico en que el hombre encuentra la garantía de su porvenir, sino el pasado que se manifiesta invertido en la repetición (...) entonces ya no es necesario recurrir a la noción caduca del masoquismo primordial para comprender la razón de los juegos repetitivos en que la subjetividad fomenta justamente el dominio de su abandono”<sup>32</sup>.

### III. El masoquismo moral: un concepto anti-moral.

En “El problema económico del masoquismo” (1924) Freud nos dice que la forma del masoquismo “más importante” no es ni *el masoquismo erógeno* (el cual, basado en “un mecanismo fisiológico infantil” primario<sup>33</sup>, se caracteriza por que “la excitación provocada por el dolor” es un “condicionante de la excitación sexual”) ni tampoco *el masoquismo femenino*, “que no plantea grandes problemas”. Para Freud la forma del masoquismo más importante, la forma de masoquismo a la que incluso califica de “masoquismo verdadero”<sup>34</sup>, es *el masoquismo moral*<sup>35</sup>.

---

30 Seminario 7, p. 258.

31 En la medida en que la pulsión de muerte “se articula en un nivel que sólo puede ser definido en función de la cadena significativa”, debe situarse no en el dominio biológico sino “en el dominio histórico”. Seminario 7, 255.

32 Función y campo, p. 306.

33 P. 2754

34 p. 2756

35 P. 2753.

La relevancia que da Freud a esta forma de masoquismo, el cual se diferencia de los otros dos en que muestra una relación estrecha no tanto con “la sexualidad” como con “el sufrimiento mismo”<sup>36</sup>, se debe a que es “un gran peligro” para “nuestra existencia misma, y no sólo la de nuestra vida anímica”<sup>37</sup>. Ya que lo que define a esta forma de masoquismo es que el dolor y el displacer han dejado de ser una “señal de alarma” y se han convertido en un fin de la vida y, por tanto, en “una norma de la conducta vital”<sup>38</sup>.

El peligro de este masoquismo, de esta tendencia del *yo* del sujeto a laborar “contra su propio bien” para satisfacer “una necesidad de castigo” inconsciente<sup>39</sup>, radica no tanto en la “satisfacción libidinosa” que el sujeto obtiene como efecto de su padecimiento y en último extremo de su autodestrucción sino más bien en el hecho de que esta forma de masoquismo corresponde a aquella parte de la pulsión de muerte “que eludió ser proyectada al mundo exterior en calidad de instinto de destrucción”<sup>40</sup>.

Como señala Lacan, en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, “Freud articula de la manera más firme que el dolor nada tiene que ver con el punto de partida de la pulsión sado-masoquista” sino que este punto de partida tiene que ver con el momento “en que el sujeto se tomó como término, terminal, de la pulsión”, el momento en que “se ha convertido en sujeto de la pulsión”, esto es, el momento en que el cuerpo propio no es sólo “el punto de partida” de la pulsión sino también el punto “del final de la pulsión”. El punto de partida de la pulsión sado-masoquista no es, pues, el dolor. Es “la violencia” y, sólo en la medida en que esa violencia es ejercida por “el sujeto sobre sí mismo”, “*vemos introducirse la posibilidad del dolor en la pulsión sado-masoquista*”<sup>41</sup>.

El peligro del masoquismo moral no recae entonces más que secundariamente sobre la parte del masoquismo. Lo que es verdaderamente peligroso del masoquismo moral no es el hecho de que el dolor sea una necesidad o tenga una razón de ser para el sujeto (por ejemplo que le resulte sexualmente excitante) o el hecho de que la realización final de la autodestrucción

---

36 p. 2756

37 P. 2752.

38 p. 2753

39 2758

40 2759

41 Seminario 11, p. 190.

conlleve una satisfacción (que resulte placentera para el sujeto). Lo realmente peligroso del masoquismo moral recae, más bien, sobre la parte de la moral. Ya que, según constata Freud, este ofrecer “la mejilla a toda posibilidad de recibir un golpe” que caracteriza al verdadero masoquista<sup>42</sup>, este “retorno del sadismo contra la propia persona se presenta regularmente con ocasión del *sojuzgamiento cultural de los instintos*, que impide utilizar al sujeto en la vida una gran parte de sus componentes instintivos destructores”<sup>43</sup>, y, por ello mismo, es la moral “cultural” (el entrecomillado es de Freud) la que deja “expuestas a ciertos daños la salud y la energía vital individuales”<sup>44</sup>.

Por tanto, lo que Freud nos revela, vía el masoquismo moral, es una verdad de la condición humana que es rechazada por los metafísicos de todos los tiempos, esos grandes defensores de la moral:

“Parece realmente como si tuviéramos que destruir otras cosas y a otros seres para no destruirnos a nosotros mismos, para protegernos contra la tendencia a la autodestrucción ¡Triste descubrimiento para los moralistas!”<sup>45</sup>

---

42 2756

43 Freud, “El problema económico del masoquismo” (1924), tomo VII, p. 2758.

44 Freud, “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1908), tomo IV, 1249-1261, p. 1249.

45 Freud, nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis, tomo VIII, p. 3160.